

EL ESPIRITU DEL SEÑOR, «DE QUIEN ESTA LLENA TODA LA TIERRA»⁽¹⁾

SEGUNDO DIAZ SANTANA

PROFESOR DEL CENTRO TEOLOGICO DE LAS PALMAS

I. INTRODUCCION.

En la carta apostólica como preparación del jubileo del año 2000, *Tertio Millennio Adveniente*, el Papa Juan Pablo II, al plantear el segundo año de la fase preparatoria, que corresponde al próximo año 1998, dice que «se dedicará de modo particular al Espíritu Santo, y a su presencia santificadora dentro de la comunidad de los discípulos de Cristo».

Entre los objetivos primarios de esa preparación del Jubileo se incluye: el reconocimiento de la presencia y de la acción del Espíritu que actúa en la Iglesia, tanto sacramentalmente, sobre todo por la confirmación, como a través de los distintos carismas, tareas y ministerios que El ha suscitado para su bien.

A este año que estamos acabando y en el que hemos profundizado en la reflexión sobre Cristo, Verbo del Padre, hecho hombre por obra del Espíritu,

(1) Este es el título que desde el Comité para el Jubileo del año 2.000, se ha presentado a las Conferencias Episcopales, a las comunidades cristianas, a los movimientos y asociaciones, así como a todos los miembros del pueblo de Dios, para reflexionar, orar y vivir en el Espíritu, en el año 1998.

sigue ahora un año dedicado al Espíritu Santo. Como nos recuerda Pablo en la primera carta a los corintios: *Ninguno puede decir "Jesús es Señor" sino bajo la acción del Espíritu Santo* (I Cor 12, 3). Lo cual nos pone en la tesitura de darnos cuenta y de tomar conciencia, una vez más, de la importancia del Espíritu en nuestras vidas como personas y como creyentes, como miembros de la comunidad eclesial y como testigos enviados a transformar el mundo según el proyecto de Dios. Con este motivo, he elegido el tema del presente trabajo, para responder así a la invitación que se nos ha hecho a los profesores, como contribución en la revista *Almogaren*, a la celebración de los veinticinco años de nuestro Centro Teológico.

El profesor Yves M^a Congar, gran maestro de la eclesiología del siglo XX, publicó su obra sobre el Espíritu Santo en el año 1980, después de haber estado mucho tiempo deseando escribirla, como él mismo nos indica en la introducción. Allí nos dice que «con anterioridad a nosotros, muchas generaciones de fieles han reflexionado y vivido del Espíritu»⁽²⁾. Esto es cierto, todos somos miembros de un pueblo de creyentes, un pueblo de hombres y mujeres que tienen la unción del Santo, son movidos por el Espíritu de Dios, que les va llevando hacia la verdad plena (cf. Jn 16, 13)⁽³⁾.

La realidad del Espíritu de Dios es algo presente en la vida del creyente, es el motor que mueve sus movimientos, el «maestro interior» (san Agustín) que le ayuda a entender y a entenderse, es la asistencia (paráclito) que acompaña el recorrido del camino hacia la verdad.

Ahora bien, en los dos mil años de historia de la Iglesia y de las iglesias cristianas, en el gran cuerpo de la cristiandad, el pulmón de oriente ha sido mucho más sensible a la pneumatología, a la referencia al Espíritu, en su liturgia y en su teología; mientras que el pulmón de occidente ha respirado menos en este aire. Hay razones históricas perfectamente datables en el tiempo, que nos muestran esta afirmación. A partir del siglo XI, con todo lo que la reforma gregoriana significó de positivo para la Iglesia en la recuperación de su libertad del brazo secular y todo el problema de las investiduras, se pagó la factura de un juridicismo progresivo con el consiguiente eclipsamiento del papel del Espíritu en la comunidad eclesial.

(2) Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1983, pág. 15.

(3) Para una aproximación a la acción del Espíritu en la economía de la salvación resulta interesante, además de la obra de Y. Congar citada en la nota anterior: M. RAMSEY, *El Espíritu Santo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1979; J. GUILLET, "Espíritu de Dios" en X. LEÓN-DUFOUR, *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, vol.II, Salamanca 1980, págs. 136-145; X. PIKAZA, *El Espíritu Santo y Jesús*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1982; AA.VV., *El Espíritu Santo en la Biblia*, Cuadernos Bíblicos, n.º 52, Verbo Divino, Estella 1986; E. KAMLAH, "Espíritu (pneu-ma)", en *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Madrid 1990, págs. 552-574; Ver también, COMITE PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, *El Espíritu del Señor*, BAC, Madrid 1997.

«Tanto la doctrina sobre la Iglesia como sobre el Espíritu Santo quedaron en la penumbra, —afirma J. Ratzinger, en su análisis de este hecho—. La Iglesia ya no se concibió pneumatológica-carismáticamente, sino exclusivamente a partir de la encarnación y, en consecuencia, como cerrada terrenalmente y, por fin se explicó partiendo de las categorías del poder del pensamiento profano. La doctrina sobre el Espíritu Santo quedó también sin contexto propio. Como no podía pasar una miserable existencia en la pura posibilidad de ser integrada, quedó absorbida por la general especulación trinitaria y así perdió prácticamente su función respecto a la conciencia cristiana»⁽⁴⁾.

En la tradición latina del segundo milenio se percibe una carencia pneumatológica que se hace sentir en los tratados de eclesiología y que, en los últimos tiempos, se va recuperando, pero ni siquiera en el concilio Vaticano II llegó a tener la densidad y la amplitud teológicas que eran de esperar. Comparada con la eclesiología preconiliar, la eclesiología del Concilio es más cristocéntrica y más pneumatológica, pero es cierto que este aspecto no quedó suficientemente desarrollado en sus documentos.

Recordemos la crítica que, en el inmediato postconcilio hacía Luis Bouyer en su obra *La Iglesia de Dios* (1970), de la deficiencia pneumatológica presente también en la doctrina conciliar: «la eclesiología del Concilio, aun cuando es fuertemente cristológica, sin embargo en la práctica no da lugar al Espíritu a pesar de algunas declaraciones preliminares del primer capítulo de *Lumen Gentium*»⁽⁵⁾. Y el propio papa del Concilio, Pablo VI, en una Audiencia General del año 1973, hizo esta indicación: «a la cristología y especialmente a la eclesiología del Concilio debe suceder un estudio y un culto nuevo del Espíritu Santo justamente como necesario complemento de la doctrina conciliar»⁽⁶⁾.

Lo mismo hemos podido constatar en nuestro Sínodo Diocesano de 1992. Las referencias al Espíritu Santo en el cuerpo de las constituciones sinodales, son bastante escasas y con citas indirectas, siendo particularmente significativo el silencio en determinados capítulos como los referentes a la espiritualidad de los ministros ordenados, la espiritualidad laical, la pastoral vocacional, e, incluso en las constituciones relativas a la liturgia⁽⁷⁾.

(4) J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1982, pág. 293.

(5) L. BOUYER, *La Iglesia de Dios*, Studium, Madrid 1973, pág. 208.

(6) Audiencia General, 6 junio 1973, *ECCLÉSIA*, n.º 1.646 (16 junio 1973) pág. 5 (735).

(7) En el primer capítulo del Sínodo, titulado: *Nuestra Iglesia diocesana, misterio de comunión*, se le cita cuatro veces: consts. 005, 015, 084, y 086. En la const. 119, cuando se habla de la vocación, no aparece la presencia del Espíritu, se habla del seguimiento de Jesús, de la edificación de la Iglesia, y del crecimiento de Reino en el mundo.

En el segundo capítulo: *Nuestra Iglesia diocesana, enviada por Dios a evangelizar*, encontramos dos alusiones en la parte de la evangelización: consts. 176 y 214. Cuando se trata el tema del discernimiento de los signos de los tiempos, tampoco se nombra al

No obstante esto que he dicho, es evidente que en la conciencia del pueblo de Dios y en el ámbito de la reflexión teológica, así como en el del magisterio de la Iglesia, ha habido un progreso y una profundización de la fe en el Espíritu Santo. Se está pasando de lo que los teólogos han considerado como «vacío de Espíritu» y «olvido del Espíritu», al «redescubrimiento del Espíritu santo»⁽⁸⁾.

Destaquemos unos hitos fundamentales que marcan este proceso en el último siglo en cuanto al magisterio de la Iglesia: el primero es del papa León XIII, con la encíclica *Divinum illud munus*, acabando el siglo XIX (1897), dedicada enteramente al Espíritu Santo; el segundo se debe al papa Pío XII, quien a mediados del siglo XX publica su encíclica eclesiológica *Mystici Corporis* (1943), en la que destaca el papel del Espíritu Santo como principio vital de la Iglesia, que actúa en unión con Cristo, Cabeza de su Cuerpo; luego el Vaticano II en el cap. Iº de la *Lumen Gentium* (1964) n.º 4, que muestra una síntesis de la misión santificadora del Espíritu en la Iglesia; por último está la encíclica de Juan Pablo II *Dominum et vivificantem* (1986), sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y del mundo. Con este documento culminaba el Papa el plan de sus encíclicas trinitarias. Había comenzado con una dedicada al Hijo, Redentor de la humanidad (*Redemptor hominis*, 1979), y al año siguiente, con motivo del adviento, publicó la segunda dedicada al Padre de nuestro Señor Jesucristo y de todos los hombres, Dios rico en misericordia (*Dives in misericordia*, 1980). Pues bien, en la encíclica de 1986 ya hablaba el Papa del gran jubileo del año dos mil, del que dijo que contiene «un mensaje de liberación por obra del Espíritu, que es el único que puede ayudar a las personas y a las comunidades a liberarse de los viejos y nuevos determinismos»(60b).

(...) Espíritu. Es en la const. 243 donde se da una afirmación más concreta: «La actitud de diálogo, acogida y discernimiento evangélico de los valores de la cultura actual es expresión del reconocimiento de la presencia del Espíritu del Señor Jesús en nuestra historia humana». Dos indicaciones muy de pasada, const. 295 y 305, en el documento de la juventud; y en todo el apartado de la familia no aparece ninguna alusión al Espíritu Santo.

En el tercer capítulo: *Nuestra Iglesia diocesana vive la misión y la comunión en el triple ministerio*, tal vez porque se trata ya de las concreciones pastorales, tampoco encontramos alusiones al papel del Espíritu Santo. Sólo en la última const., la 740, que es la conclusiva de todo el Sínodo, se recoge la siguiente alusión: «A lo largo de este tiempo nos hemos sentido la Iglesia de Cristo que peregrina en Canarias, sabiéndonos llamados por el Padre, en su Hijo Jesucristo y unidos en la fuerza del Espíritu Santo».

Esto en cuanto a lo que se refiere al cuerpo de constituciones que forman el Sínodo, pero es que, en la introducción al mismo, que está formada por un conjunto de citas tomadas del magisterio de la Iglesia, tampoco encontramos un epígrafe destinado específicamente al Espíritu como los hay sobre Jesucristo; el Reino de Dios y la relación entre ambos; la misión evangelizadora de la Iglesia; la voluntad salvífica de Dios; la Iglesia comunidad de salvación; el Romano Pontífice y el Colegio Apostólico; la Virgen María. Lo cual nos lleva a afirmar que la articulación de la persona y la acción del Espíritu Santo en el conjunto del Sínodo es pobre y poco significativa y refleja algo que ha sido común en el proceder de la teología occidental durante mucho tiempo.

(8) T. SCHNEIDER, *Lo que nosotros cremos*, Sígueme, Salamanca 1991, págs. 300ss.

II. EL ESPÍRITU SANTO EN LA REVELACION DE DIOS.

El Espíritu Santo tiene un papel en la apertura del deseo humano al deseo de Dios, es decir, el don del Padre está actuando en el interior del ser humano desde siempre. El Espíritu Santo, cual «maestro interior»⁽⁹⁾, no cesa de trabajar al hombre desde sí mismo; la propia experiencia de Dios viene posibilitada en el anhelo y el esfuerzo humanos, pero no por ellos, sino por esa autodonación de Dios como Espíritu santificador.

No es fácil hablar del Espíritu Santo. Cuando hablamos del Padre y del Hijo, utilizamos unos términos que de inmediato nos colocan en relación con nuestra experiencia de algo “personal”, algo muy familiar. En cambio, la palabra Espíritu alude, sobre todo en el lenguaje bíblico, al “soplo” y al “viento”, es decir, evoca una realidad que es conocida más por sus efectos, que en sí misma; una realidad que la conocemos a partir de su acción, de lo que produce en nosotros y en el mundo.

Así como Yahvéh en el antiguo testamento y Jesús en el nuevo, utilizan el pronombre personal “yo”, sin embargo, el Espíritu Santo no lo emplea nunca. Precisamos de la utilización de símbolos que nos acercan a la realidad, así hablamos del Espíritu como: dedo de Dios, fuerza de Dios, don de Dios, abrazo de Dios. Veamos un ejemplo en Mateo y Lucas, donde Jesús expulsa demonios por el dedo de Dios (cf. Lc 11,20), o sea, explica Mateo, por el *Espíritu de Dios* (Mt 12, 28).

De ahí que al hablar del Espíritu, más que una preocupación por decir “quién” es, nos situamos ante la manifestación de “lo que” hace El por nosotros.

La presencia del Espíritu de Dios actuando en la historia de la salvación está atestiguada en toda la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, aunque sabemos que la revelación del Espíritu como persona es algo progresivo, que se va produciendo y que llega a su culmen en la plenitud del nuevo testamento, en la revelación cristiana.

(9) El Espíritu es el maestro interior, que hace eficaz en los creyentes las palabras que leen en las Escrituras o que escuchan cuando alguien se las predica. «El sonido de nuestras palabras hiera el oído, pero el maestro está dentro. No penséis que alguno aprende algo del hombre. Podemos llamar la atención con el ruido de nuestra voz; pero, si dentro no está él para enseñar, vano es nuestro sonido. Hermanos, ¿queréis daros cuenta de esto que digo? ¿Acaso no oísteis todos este sermón? ¡Cuántos saldrán de aquí sin instruirse! Por lo que a mí toca, a todos hablé; pero aquellos a quienes no habla aquella unción, a quienes el Espíritu Santo no enseña interiormente, salen sin instrucción. El magisterio externo consiste en ciertas ayudas y avisos. Quien instruye los corazones tiene la cátedra en el cielo», San Agustín, *Exposición de la primera epístola de Juan*, trat. 3, cap. 13.

El Espíritu es el aire, el viento, el soplo de Dios que refresca, oxigena, fecunda, da vida (cf. Gn 2,7; Sal 104, 3; Jn 20,22; Hch 2,2).

Pero este Espíritu de vida y de libertad no es ciego, sino que tiene un norte bien definido, impulsa en una dirección bien concreta, la que apunta hacia la realización del Reino de Dios.

Desde el Génesis (cf. 1,2) al Apocalipsis (cf. 22,7), pasando por los libros de los Jueces (cf. 3,10; 6,34; 11,29; 13,26; 14,19), de los Profetas (cf. Is 11, 1ss; 42,1; 63,11-14; Jr 31,31-34 JI 3,1-2), y de los Sabios (cf. Sab 1,6-7; 7,22-8,1), el Espíritu genera vida y comunión; hace nacer a Jesús de María Virgen (cf. Lc 1,35; Mt 1,20); mueve a Simeón que va al Templo y profetiza (cf. Lc 2, 27ss); unge a Jesús de Nazaret en el bautismo (cf. Mc 1,10; Hch 10,38); conduce a Jesús al desierto (cf. Lc 4, 1); Jesús vuelve a Galilea por la fuerza del Espíritu (cf. Lc 4, 14); está sobre Jesús y le envía a anunciar a los pobres la Buena Nueva (cf. Lc 4, 18); llena de gozo a Jesús para bendecir al Padre (cf. Lc 10, 21); el Espíritu Santo es lo que da el Padre a los que se lo piden (cf. Lc 11, 13); es la Promesa del Padre, que Jesús enviará sobre los Apóstoles (cf. Lc 24, 49); transforma a Jesús en Adán vivificador en su resurrección (cf. ICor 15,45); hace surgir la comunidad de Jesús, la Iglesia (cf. Hch 2); la guía a través de los tiempos (cf. Jn 14, 16-17.26; Jn 16,13); y la enriquece con dones jerárquicos y carismáticos (cf. ICor 12; Ef 4).

III. LAS DOS TRADICIONES QUE CONSTRUYEN LA COMUNIDAD ECLESIAL.

En la construcción de la comunidad eclesial actúan dos tradiciones: la cristológica y la pneumatológica. Según J. H. Newman, son dos las grandes tradiciones de la Iglesia: la tradición episcopal y la tradición profética⁽¹⁰⁾.

Pablo en su elaboración teológica nos dirá: *edificados sobre el cimiento de los apóstoles y los profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada, se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu* (Ef 2, 20-22).

Es preciso tener presente este texto de Efesios donde se dice que en el fundamento de la Iglesia están los apóstoles y los profetas. Se trata de los profetas del nuevo testamento (cf. 3,5). Apóstoles y profetas pueden ser la misma persona, en cuanto que los apóstoles tuvieron el carisma profético, pero no

(10) Cf. J.H. NEWMAN, *Essays, I. Apostolic Tradition*, 1836; *Te propfetic office in the Church*, 1837.

son sólo ellos los profetas del nuevo testamento. En Ef 4,11 se diferencia el apóstol del profeta. Igual hará Pablo en su descripción de los carismas, *unos apóstoles, otros profetas*, (cf. I Co 12, 28 y Ef 4,11). En Hch 11, 27 se nos dice que Agabo era uno de los profetas que bajaron de Jerusalén a Antioquía.

Junto con los apóstoles, estos profetas constituyen la generación de los primeros testigos que recibieron la revelación de Dios y predicaron el Evangelio. Es el cimiento sobre el que se edifica la Iglesia. Por lo demás, esta función de “cimiento” se aplica también al mismo Cristo (cf. ICo 3, 10s).

Nos encontramos, por tanto, con la tradición que viene de Cristo y con la tradición que viene del Espíritu. Ahora bien, aunque son dos principios distintos, los dos construyen la comunidad en la misma dirección. Podemos afirmar que el Señor y su Espíritu son el fundamento de la Iglesia, o, si se quiere, el Señor y su Espíritu son «cofundadores» de la Iglesia⁽¹¹⁾.

Es interesante tener en cuenta cómo el estudio de los antiguos símbolos de la fe, deja en evidencia que el artículo de la Iglesia va unido siempre al del Espíritu Santo, y en el sentido de que se cree en el Espíritu Santo, que es el que santifica y unifica a la Iglesia⁽¹²⁾.

San Ireneo presenta a los apóstoles instituyendo y fundando la Iglesia al comunicar a los creyentes el Espíritu Santo que ellos habían recibido del Señor Jesús: «Instituyeron y fundaron la Iglesia distribuyendo a los creyentes este Espíritu Santo que ellos habían recibido del Señor»⁽¹³⁾. Por su parte san Ambrosio dirá: «La Iglesia ha sido construida por el Espíritu Santo»⁽¹⁴⁾.

Los dos principios se unen en la teología y en la comprensión del misterio de la obra de Dios en Jesucristo por el Espíritu. En Pablo el «*en Cristo*» y el «*en el Espíritu*» se complementan mutuamente. Se trata de una correlación de Cristo y del Espíritu que, según Pablo, es de una tal intensidad que nos es dado decir: el *Kyrios es el Pneuma* (II Cor 3, 17)⁽¹⁵⁾. Cuando Pablo afirma el Señor es el Espíritu no pretende identificar dos magnitudes personales: el Hijo y el Espíritu Santo. De lo que Pablo habla es del modo de existencia del Señor resucitado. Su afirmación viene a decir: el resucitado vive ahora en la forma de Espíritu. Por eso *el que se une al Señor se hace un solo Espíritu con él* (ICor 6,17).

(11) Cf. Y. CONGAR, *La Iglesia es hecha por el Espíritu. El es su cofundador*, en *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1983, págs. 207-217.

(12) Cf. Para el tema de la evolución de los símbolos se puede ver H. DE LUBAC, *La fe cristiana*, FAX, Madrid 1970, también T. SCHNEIDER, *Lo que nosotros creemos. Exposición del símbolo de los Apóstoles*, Sígueme, Salamanca 1991.

(13) *Démonst.*, 41 (SChr 62, p. 96 y la nota 4) citado por Y. CONGAR, *o.c.*, pág. 212.

(14) AMBROSIO, *El Espíritu Santo* II, 110.

(15) Como muestra el profesor Congar, «Cristo en nosotros», «el Espíritu en nuestros corazones», «(nosotros) en Cristo». «en el Espíritu», son intercambiables, cf. Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, pág. 216.

También la teología joannea destaca esta colaboración entre el Espíritu y Cristo: *El* (el Espíritu) *tomará de lo que es mío* (de Cristo) *y os lo dará a conocer* (Jn 16, 14); y también: *El Espíritu no hablará por sí mismo, sino que dirá todo lo que ha oído y os anunciará las cosas que han de venir* (Jn 16, 13).

Pero además hemos de resaltar que la relación del Espíritu y la Iglesia, como ocurre con la del Espíritu y Cristo, no es una relación de orden externo, o de sola “asistencia” por parte del Espíritu a la Iglesia, sino una relación esencial tal, que constituye a la Iglesia. Con Ireneo de Lyon hay que afirmar: «donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allá está también la Iglesia y toda gracia»⁽¹⁶⁾. Fue el mismo obispo de Lyon, el que utilizó una imagen muy plástica, al decir que el Padre construye la salvación histórica con sus dos manos, con el Hijo y con el Espíritu⁽¹⁷⁾. Por eso la Iglesia tiene que ser construida hoy por el Cristo total y por el Espíritu pleno (por tanto sin reduccionismos de un lado ni de otro).

San Bernardo, por su parte, enseñó que la Iglesia es *ante et retro oculata*⁽¹⁸⁾, lo que viene a expresarnos que la Iglesia, comunidad creyente, comunidad pneumática, tiene dos ojos, uno vuelto hacia el pasado (la tradición episcopal, el momento cristológico), y el otro vuelto hacia el futuro (la tradición profética, el momento pneumático).

Confesamos que la pascua es el fundamento existencial de la Iglesia. La experiencia pascual constituye no sólo histórica, sino ontológicamente, la existencia de la Iglesia, de tal manera que se puede afirmar que no hay Iglesia propiamente hablando hasta que no se da la experiencia pascual. Cuando aquel pequeño grupo de discípulos de Jesús de Nazaret tiene esas experiencias, que llamamos experiencias pascales, es cuando se constituye en toda su realidad la Iglesia del Señor. Y es más, en eso consiste la Iglesia, en la experiencia pascual vivida, ese es su ser más profundo. A lo largo de su historia, la Iglesia es Iglesia en la medida en que es experiencia pascual. La promesa del Padre es el Espíritu, según la doctrina de los Padres, y el cumplimiento de esa promesa se realiza cuando Jesús resucita de entre los muertos, es cuando los discípulos reciben el Espíritu Santo (cf. Jn 20, 22)⁽¹⁹⁾.

(16) IRENEO, *Adv. haeres*, III, 24,1.

(17) Cf. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 6, 1.

(18) Cf. *In Cant. sermo* 62, 1; PL 183, 1.075.

(19) Cf. H. FRIES, *La Iglesia como obra del Espíritu*, en *Teología fundamental*, Herder, Barcelona 1987, págs. 516-524; Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1983, esp. 205-269; H. KÜNG, *La Iglesia*, Herder, Barcelona 1970, págs. 182-245; J. MOLTSMANN, *La Iglesia, fuerza del Espíritu*, Sígueme, Salamanca 1978; H. MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, Koinonía, Salamanca 1974; L. BOFF, *Iglesia: carisma y poder*, Sal Terrae, Santander 1982, esp. *Una visión alternativa: la Iglesia Sacramento el Espíritu*, págs. 227-243.

Con el acontecimiento de Pentecostés asistimos al nacimiento de la Iglesia, si queremos decir, de manera formal. Es cuando la Iglesia se manifiesta al mundo. Antes de la experiencia en el Espíritu, el grupo de discípulos estaba "desanimado". En Pentecostés va a recibir la animación que precisaba para llevar adelante la obra de Jesús. Así lo expresa Y. Congar en un texto muy elocuente: «Pero la Iglesia no fue enviada al mundo hasta Pentecostés. Con ello no se dio únicamente carácter público a su existencia, a su misión, sino que entonces fue *animada*. El Espíritu es el que infunde la vida a las estructuras de salvación instituidas por Cristo: fe que ha de anunciarse y formarse, sacramentos que se han de celebrar, ministerios y misión que se han de cumplir. La Iglesia no es verdaderamente sacramento de salvación sino por la virtud del Espíritu. No procede únicamente de la misión del Verbo, sino también de la misión del Espíritu. De ahí que *la eclesiología reclame una pneumatología* y de ahí también que toda operación realizada en y por la Iglesia sacramento de la salvación exija, de un modo o de otro, una epiclesis, una invocación dirigida al Espíritu»⁽²⁰⁾.

En este mismo orden encontramos un texto eclesiológico del Vaticano II, de contenido pneumatológico, que es muy importante tener en cuenta. Se trata del n. 48 de la *Lumen gentium*, en el que, al comenzar a hablar el Concilio de la índole escatológica de la Iglesia dice: «Porque Cristo, levantado sobre la tierra atrajo hacia sí a todos (cf. Jn, 12,32 gr); habiendo resucitado de entre los muertos (cf. Rom., 6,9) envió sobre sus discípulos a su Espíritu vivificador, y por Él hizo a su Cuerpo que es la Iglesia, sacramento universal de salvación».

El Espíritu es también para nuestra época el agente principal de la nueva evangelización. Es el que construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo.

IV. SISTEMATIZACION DE LA ACCION DEL ESPIRITU.

Podemos sistematizar teológicamente la presencia y la acción del Espíritu en nosotros. Si nos fijamos en el nuevo testamento, el Espíritu se presenta como energía, fuerza y poder (*dynamis*), como libertad (*eleuzeria*), como comunión-amor (*agapé, koinonía*) y como memoria (*anámnesis*)⁽²¹⁾.

(20) Y. CONGAR, *Un pueblo mesiánico*, Cristiandad, Madrid 1976, págs. 50s, la cursiva es mía. La Patrística y por su parte los teólogos han recurrido frecuentemente a la expresión del Espíritu Santo como alma de la Iglesia, entendiendo, como explica san Agustín, que el Espíritu Santo realiza en la Iglesia idénticas funciones a las que el alma realiza en el cuerpo humano. De ahí pasa al magisterio eclesiástico, lo encontramos en León XII, en Pío XII; en Pablo VI *Evangelii nuntiandi* 75; y en Juan Pablo II *Dominum et vivificantem* 26.

(21) Cf. C. DUQUOC, *Dios diferente*, Sígueme, Salamanca 1978, págs. 86-90.

Son cuatro elementos, o cuatro dimensiones, que nos pueden ayudar a la toma de conciencia de la misión del Espíritu en nuestras vidas.

IV.1. EL ESPÍRITU COMO ENERGÍA, COMO FUERZA DE DIOS.

El propio Jesús así lo dejó en la mente y en el recuerdo de sus discípulos, cuando, antes de despedirse de ellos, les dijo: *Recibiréis la fuerza (dynamis) del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra* (Hch 1, 8; cf. Lc 24, 49).

El Espíritu está en el comienzo de todas las cosas, pero, especialmente, es el que va a hacer posible la nueva existencia, la de los tiempos escatológicos. Son los últimos tiempos de los que hablaba el profeta Joel y que Pedro recuerda en el primer discurso a la gente (cf. Hch 2, 14-21). Es la fuerza de Dios que vence nuestra debilidad y nuestra cobardía. El es el que *viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene* (cf. Ro 8, 26).

Lucas dirá que Jesús es fruto del Espíritu: *El Espíritu Santo vendrá sobre tí y la fuerza (dynamis) del Altísimo te cubrirá con su sombra* (Lc 1, 35); la predicación de Jesús se realiza en el Espíritu Santo (cf. 4, 14); así lo confiesa la fe de la primera comunidad, como refleja el discurso de Pedro en casa de Cornelio: *cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder (dynamei)* (Hch. 10,38); el Espíritu Santo es el que resucita a Jesús de entre los muertos (cf. ITim 3, 16; Ro 1, 4); inaugura en Pentecostés el tiempo de la Iglesia que es manifestada a todo el mundo (cf. Hch 2, 32). Y la liturgia de la Iglesia así lo confiesa en la plegaria eucarística tercera: «Por Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, con la fuerza del Espíritu Santo, das vida y santificas todo».

Necesitamos esa fuerza para vencer la inercia de un horizonte que tiende a cerrarse sobre sí mismo, en cuanto al ámbito de las aspiraciones humanas. Y actualizándolo en el momento presente, podemos decir que, en un mundo donde, como alguien ha dicho, asistimos a una «verdadera apostasía de la esperanza», recibimos la fuerza que nos mantiene esperando contra toda esperanza. La esperanza es fruto del Espíritu (cf. Gal 5, 5) y sitúa al creyente en el horizonte del mundo venidero, en lo que está por cumplirse, de un ya que sabemos presente, pero que todavía no está totalmente. Y al final de la Biblia *El Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven!* (Ap 22, 17).

Esta fuerza de lo alto es la que hará que los discípulos de Cristo puedan hablar con valentía, con audacia, y no amilanarse ante las dificultades del testimonio. Estamos ante lo que en los Hechos de los apóstoles se denomina

parresía, que viene a significar hablar con franqueza y valentía ⁽²²⁾. Los discípulos saben que tienen la promesa del Espíritu del Padre, que les comunicará lo que tengan que hablar en los momentos de dificultades: *Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre es el que hablará en vosotros* (Mt 10, 19s; Lc 12, 11s).

Esta es la fuerza que el cristiano recibe para ejercer la dimensión profética, para desempeñar la participación suya en el ministerio profético de Cristo. La energía que le mantiene alerta para poder proclamar la buena noticia del Evangelio. Evangelizar implica un anuncio, una propuesta, pero también lleva consigo la denuncia de todos los elementos que deshumanizan y no construyen la convivencia humana y el proyecto de Dios. Para esto, el cristiano tiene necesidad de la fuerza del Espíritu que le alienta y le mantiene, en un quehacer que va a resultar difícil e incómodo, pues supone, en muchas ocasiones, denunciar y «peinar la historia a contrapelo». Se trata de asumir el empeño de un esfuerzo denodado para que el mundo no sea inmundo.

Como es obvio, esta dimensión profética se ejerce no solamente para el mundo y la sociedad, en un ejercicio hacia afuera, sino también en el interior de la propia comunidad cristiana, que, gracias a la valentía de los hermanos y hermanas que profetizan evangélicamente, se siente impulsada a una fidelidad mayor a su Señor.

Pero además sabiendo que, invocar el Espíritu, como lo invocó Jesús, supone unas consecuencias que el evangelio deja muy claras. Jesús lo hizo en la Sinagoga de su pueblo, y Lucas lo narra al comienzo del ministerio en Galilea (cf. Lc 4, 16-30). Jesús hace la lectura del profeta Isaías, y se la aplica a sí mismo, dejando patente toda la fuerza y la actualidad de la Palabra, pero, esto va a ser motivo para que sus paisanos lo quieran arrojar por el precipicio (4, 28ss). Es decir, no se invoca el Espíritu del Señor de manera intrascendente y sin consecuencias vitales, proclamar la fuerza transformadora del Espíritu implica una cierta conflictividad, ante la resistencia de las fuerzas del mal que tienden a deshumanizar y a romper la comunión.

Esto nos conduce a la afirmación sobre la Iglesia como pueblo profético en medio del mundo, en el que el Espíritu de Dios está actuando, sin duda alguna, pero en donde operan también las obras de las tinieblas. Como nos recuerda el concilio Vaticano II: «El Pueblo santo de Dios participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad y ofreciendo a Dios el sacrificio de alabanza, que es

(22) Ver para el tema de la parresía: Hch 2, 29; 4, 13.29.31; 9, 27.28; 13, 46; 14, 3; 18, 26; 19, 8.26; 28, 31; y Pablo: ITe 2,2.; IICo 3, 12; 7, 4; Flp 1, 20; Ef 3, 12; 6, 10s.

fruto de los labios que confiesen su nombre (cf. Hebr 13, 15)» (LG 12). A través de Jesucristo el Espíritu es comunicado a la comunidad (cf. Lc 24,49; Hech 2,33); fue él quien instituyó la Iglesia misionera (cf. Hech 15,28); quien creó las diversas funciones (cf. Hech 20,28); mediante él se establecían los decretos que vinculaban a toda la comunidad (cf. Hech 15,28); en él se distribuían las tareas (cf. Hech 6,6; 13,2). El Espíritu es la característica del tiempo de la Iglesia. El Espíritu Santo en la Iglesia es la presencia de Cristo resucitado, esta es una tesis fundamental de la teología paulina como vimos anteriormente⁽²³⁾.

La vida de los cristianos es una vida según el Espíritu que no nos permite acomodarnos a las coordenadas de este mundo (cf. Rom 12,2). El Señor resucitado se identifica con el Espíritu (cf. IICor 3,17; par: Rom 1,1-5; ICor 15,45; 6, 17; Rom 8, 9-11). La Iglesia es el sacramento, signo e instrumento del Cristo vivo hoy y resucitado, es decir, del Espíritu⁽²⁴⁾.

IV.2. EL ESPÍRITU COMO LIBERTAD.

Muy unido con lo dicho anteriormente está la dimensión por la que el Espíritu es fuente de libertad. El Espíritu libera y hace liberadores a quienes se mueven por sus mociones.

La teología paulina alcanza en este tema una claridad meridiana que se evidencia en estos términos: *El Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad* (II Cor 3, 17).

Pablo indica claramente que el espíritu que hemos recibido no es de esclavitud sino de hijos libres, y que es el Espíritu el que se une a nuestro espíritu para testimoniarlo: *En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios* (Ro 8, 1416). Lo cual nos viene a decir que la guía del Espíritu no sólo significa la acción que se corresponde con el «maestro interior», del que hablaba san Agustín, sino que es el principio de una vida divina, ya que verdaderamente somos hijos de Dios.

(23) H. MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1974, y anteriormente M. J. Scheeben, hablan de una especie de encarnación del Espíritu Santo; para Leonardo Boff, la Iglesia es el sacramento del Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo, cf. *La Iglesia carisma y poder*, Sal Terrae, Santander 1982, pág. 237.

(24) Cfr. J. ALFARO, *Cristo, Sacramento de Dios Padre; la Iglesia, Sacramento de Cristo glorificado*: GREGORIANUM 48 (1967) págs. 5-27; E. SCHILLE-BEECKX, *Cristo, sacramento del encuentro con Dios*, Dinor, San Sebastián 1964; O. SEMMELROTH, *La Iglesia como sacramento original*, Dinor, San Sebastián 1963; *La Iglesia como sacramento de salvación*, en *Mysterium Salutis*, IV/1, págs. 321-369.

En el curso de la historia cristiana siempre ha estado presente la polémica de una tensión que se genera entre el Espíritu y la ley, el Espíritu y la letra, el Espíritu y la norma. Una discusión que no siempre ha situado bien los términos que se han de considerar, cayendo en posturas opuestas, extremistas, de un legalismo despersonalizador e inhibidor de la responsabilidad humana, por una parte, o de posiciones libertarias o anárquicas, por la otra.

«Para Pablo el Espíritu ni interioriza la ley, ni libera de ella, sino que la relativiza situándola en un orden diferente: la ley es destructora si existe en sí misma o para sí misma (*el hombre está hecho para el sábado*), pero la ley es reconstructora, si existe como palabra que establece el reconocimiento del otro (*el sábado está hecho para el hombre*)»⁽²⁵⁾. La ley posibilita la fraternidad. Se desabsolutiza la ley, no se la suprime, se la aparta del deseo que la destruye o la idolatra.

Esto nos hace pensar en qué consiste la libertad que nos da el Espíritu. *Para ser libres nos libertó Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud* (Gal 5, 1).

En la libertad que nos da el Espíritu, podemos considerar los dos aspectos que la constituyen: somos *libres de*, y somos *libres para*.

Sin duda que la libertad de la que Pablo nos habla, no consiste en lo que normalmente se entiende en el lenguaje de la calle, esto es, en la facultad de decidirse entre cosas diferentes, hacer esto o aquello, escoger esto o lo otro; o la libertad entendida como una suerte de independencia moral o ética, que tendríamos los seres humanos para hacer cada uno lo que quiera sin que se oponga ningún obstáculo. La libertad de la que habla Pablo es la que procede del interior, la que se sigue del amor y de la generosidad. Así queda expresado en unos versículos más adelante, de la misma carta a los gálatas: *Porque, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros* (Gal 5, 13).

Es la libertad entendida, entonces, como el proceso por el que el ser humano llega a ser él mismo. El ser humano que llega a ser lo que está llamado a ser, y desarrolla todo el dinamismo de su riqueza interior. Llegar a su verdad más auténtica. En ese sentido, si el Espíritu fue prometido como aquel que nos conduce a la verdad plena, es también el que nos lleva a la libertad plena, en el sentido de que la verdad nos hace libres (cf. Jn 8, 32).

Es cuestión de llegar a descubrir algo verdaderamente admirable y es que, lo más profundamente nuestro es lo menos nuestro: Dios por su Espíritu,

(25) C. DUQUOC, *o.c.*, pág. 88.

moviéndonos por dentro, pero sin quitarnos para nada la libertad. Al contrario de lo que ocurre con las otras causas externas que nos mueven y que nos restan libertad. El Espíritu Santo se hace presente dentro de nosotros, en nuestro mismo espíritu, moviéndonos desde nosotros mismos, y no desde fuera como nos mueve el resto de los estímulos exteriores. De ahí la expresión de algunos místicos que llegan a decir que el Espíritu es «el alma del alma humana».

Por lo tanto, se trata de *liberarnos de...*, de los otros espíritus que no son el Espíritu de Dios. Nuestra condición humana se encuentra habitada por multitud de espíritus que es preciso exorcizar para liberarnos de ellos. Son espíritus que proceden de otras fuentes y motivaciones contrarias a la vida y a la plenitud humana a la que estamos llamados. Estos espíritus dificultan la realización del propio ser humano, de su realidad personal, y, consecuentemente, dificultan la comunión y entorpecen la armonía entre los seres humanos, entre los miembros de las comunidades.

El Espíritu no puede entrar nunca mientras nosotros no le abramos paso. Jesús tiene una propuesta y busca la forma para que la persona se abra. Aceptamos el proyecto de Jesús (el reino de Dios y su justicia) y cambiamos de valores. Entramos bajo el Espíritu que irrumpe con fuerza. El proyecto es de Jesús, pero la realización corresponde al Espíritu. La vida la tenemos desde siempre, pero se potencia en el Espíritu. Consiste pues en la unión de nuestra vida con la vida del Espíritu, liberándonos de los otros espíritus.

Los otros espíritus son los que nos hacen actuar movidos básicamente por: egoísmo, venganza, amor propio, competencia desleal, prestigio, comodidad, ley del menor esfuerzo, valoración, primeros puestos, vanidad, sensualidad, miras humanas, aparentar, ir pasando, etc.

Por otro lado se trata de *liberarnos para...*, para el amor, para la comunión, para realizarnos en la apertura y la entrega a los otros. Pero esto nos da pie para considerar el tercer elemento o dimensión del Espíritu en nosotros.

IV.3. EL ESPÍRITU COMO COMUNIÓN, COMO AMOR.

En la lista en que Pablo presenta los frutos del Espíritu aparece claro: *En cambio, los frutos del Espíritu son: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí, contra estos no hay ley* (Gal 5, 22s).

El proyecto original de Dios es que los seres humanos estamos hechos para la comunión, para el amor y en el amor. Partiendo de la afirmación de Juan, que dice lo que constituye a Dios en su ser más íntimo: *Dios es Amor* (I Jn 4,8), y teniendo en cuenta la revelación que se nos hace en el Génesis de que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, hemos de con-

cluir que somos imagen y semejanza en aquello que es Dios, es decir, en el amor, en la comunión de personas que constituye a nuestro Dios.

La afirmación del filósofo de que el hombre es un animal racional, se queda a medio camino en su intento de dar cuenta de lo que somos los seres humanos, y se ha de completar con la otra afirmación de que el ser humano es constitutivamente, no sólo racional, sino relacional; está hecho para la relación, para la comunión, para el amor.

Pues bien, el Espíritu, en este orden, es el que produce y lleva a plenitud la comunión, la armonía, el amor. La realidad del Espíritu de Dios, que se le regala al hombre, es la unidad, la armonía. Y esto abarca un cuádruple nivel: con Dios (EL Otro), con los demás (los otros), con la naturaleza creada (lo otro) y con uno mismo.

La armonía y la comunión se restablecen en el hombre después de haber sido rotas por el pecado. El pecado viene a ser la ruptura de la comunión en ese cuádruple nivel que hemos indicado⁽²⁶⁾.

Por la reconciliación el ser humano vuelve a la armonía, vuelve a la comunión. Y esto es obra del Espíritu Santo. Así queda expresado litúrgicamente cuando, en la celebración sacramental de la reconciliación, el ministro del sacramento nos dice: «Dios Padre misericordioso que reconcilió consigo al mundo por la muerte y resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para el perdón de los pecados, te conceda por el ministerio de la Iglesia el perdón y la paz». De ahí que podamos decir, en el lenguaje de los símbolos, que es el menos inapropiado para nuestro intento, que el Espíritu es el abrazo de Dios.

En Pentecostés se pone de manifiesto precisamente este misterio de unidad y de concordia, significando la otra cara de la escena bíblica de Babel (cf. Gn 11.). En Babel los hombres se dispersan y separan, no se entienden y hay discordia; quieren llegar donde Dios y se confunden, las lenguas les dividen. En la experiencia de Pentecostés es Dios el que se ha acercado a los hombres, se entienden y se da la concordia entre ellos, cada uno escucha la palabra en su propia lengua, *cada uno les oímos hablar en nuestra lengua nativa* (Hch 2, 8).

Destaquemos que Lucas, al recoger la experiencia de Pentecostés, lo hace en un cuadro compuesto por una triple escena, a saber: la de los discípulos (Hch 2 1ss), la de la comunidad (Hch 4, 31) y la de los gentiles en casa de

(26) Así aparece en el relato yahvista de la caída de los primeros padres, cf. Gn 3, 1-13, esta cuádruple ruptura de la armonía y de la comunión en que fueron creados. Después de la caída, el hombre tiene miedo ante Dios, echa la culpa a la mujer, se siente desnudo como desorden y aparición de la concupiscencia, y se oculta y esconde ante Dios.

Cornelio (Hch 10, 44), y habla de que, se llenaron todos del Espíritu Santo, o el Espíritu Santo cayó sobre todos los que escuchaban la Palabra, por lo que, el lugar del descendimiento del Espíritu es la comunidad.

Que el Espíritu Santo se hace oír en las propias lenguas nativas, es un mensaje de afirmación de la variedad y la diferencia en la unidad esencial. El Espíritu en su Iglesia unifica pero no uniforma. El Espíritu establece la diferencia como riqueza, y no como fuente de conflictos que hay que eliminar mediante una reducción a la uniformidad. El pluralismo eclesial es un bien que el propio Espíritu suscita en su Iglesia. No es un mal que hay que soportar. Al suscitar la diferencia, el Espíritu establece la comunicación y abre a la comunión. Pablo ordenará a los fanáticos de la glosolalia que se callen en las asambleas si no hay intérpretes (cf. ICo 14, 1-20).

Lo que ocurre es que el pluralismo nos complica la existencia y nos exige la aceptación humilde de lo diverso, y la búsqueda paciente de la unidad en la diversidad. Para ello, habrá que estar en continuo discernimiento, para saber atinar con lo que de verdad es del Espíritu y lo que obedece a otros espíritus que no construyen la comunidad, ni hacen la Iglesia. En este campo de la comunión eclesial convendrá siempre tener en cuenta aquel principio que el concilio Vaticano II nos recordó en la constitución *Gaudium et spes*, y que es muy práctico: «Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, y en todo caridad» (92).

San Cirilo de Jerusalén, en la catequesis sobre *El Espíritu Santo*, dice que el Espíritu es como el agua. Compara la gracia con el rocío que sobre el lirio es blanco, rojo sobre la rosa, púrpura sobre las violetas y los jacintos; y distinta y variada en las diversas clases de flores; «en la palma es una; en la vid otra; y todo en todo»... «No es que la lluvia se transforme, y ahora caiga una y luego otra, sino que se acomoda a la manera de ser del que la recibe y es para cada uno lo que le conviene. Del mismo modo el Espíritu Santo, siendo uno, simple e indivisible, distribuye a cada uno la gracia como quiere» (*Catequesis*, XVI,12).

El Espíritu es múltiple y generoso en sus dones en la Iglesia. Cuando hablamos de los siete dones del Espíritu Santo, estamos hablando de un número simbólico que significa plenitud. El Concilio nos enseña que, el Espíritu, a la Iglesia, *la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos* (LG 4 y 12).

El libro de los Hechos de los apóstoles es la narración de la asistencia del Espíritu Santo en el nacer y el desarrollo de la vida de la Iglesia naciente, y Pablo despliega una doctrina sobre los carismas en sus cartas: *Todo esto lo*

obra el único y mismo Espíritu, repartiendo a cada uno como quiere (ICor 12, 11); tenemos carismas, según la gracia diferente que nos ha sido dada (Rom 12, 6); la gracia ha sido dada a cada uno según la medida del don de Cristo (Ef 4, 7); a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común (ICor 12, 7), siempre para la edificación de la comunidad (ICor 14, 12).

Lo importante es no apagar el Espíritu del Señor. No sofocarlo. Esta es la advertencia que Pablo nos deja en la primera carta a los tesalonicenses: no extingáis el Espíritu (5, 19).

IV.4. EL ESPÍRITU COMO MEMORIA.

El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho (Jn 14, 26).

He aquí una dimensión fundamental del Espíritu en la vida de los seguidores de Jesús. El Espíritu Santo está encargado de ir recordándonos lo que es Jesús. Él es la memoria que activa nuestras *amnesias*, tendentes a desdibujar lo que es Jesús en su verdad objetiva para nosotros.

El Espíritu nos hace conformes al Hijo (cf. Ro 8, 14) y, esto se realiza, no según el orden imaginario, según se le ocurra a cada uno, sino según la realidad de lo que es Cristo, y posibilita que tengamos en nosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús (cf. Flp 2, 5).

Nuestra confesión de Jesús como Señor se hace en el Espíritu. Como fue en verdad el Hijo, lo confesamos y lo seguimos, y no podemos deshacerlo, so pena de no ser de Dios. Hay un texto de la primera carta de Juan que dice: *y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios*; pero según una variación muy autorizada de la Vulgata se lee: *todo espíritu que deshace a Jesús, no es de Dios* (I Jn 4, 3). Por lo tanto, el Espíritu en esta misión de ser *anamnesis* para la comunidad de Jesús, la ayuda a que no deshaga a Jesús, en su verdad y en su realidad objetiva, tal como él vivió, tal como hizo de su vida mensaje y enseñanza para nuestra vida. La memoria viva de Jesús la mantiene el Espíritu Santo, el cual nos ayuda a no desdibujar al Señor, acomodándolo a nuestros gustos o a nuestras conveniencias.

El Espíritu nos recuerda, que Jesús no tuvo miedo de vivir la realidad con todas sus consecuencias, que vivió e hizo realidad las bienaventuranzas, que no pidió un milagro que le salvara de la muerte, que se opuso y luchó ante situaciones que no eran la voluntad del Padre. «Jesús es la piedra sobre la que se basa toda interpretación»⁽²⁷⁾. Los Padres gustaban de llamar a Jesús el exegeta de Dios para los hombres. Y para esta exégesis tenemos la ayuda del Espíritu que nos interpreta el verdadero sentido de Jesús para nosotros.

(27) C. DUQUOC, *o.c.*, pág. 90.

Frecuentemente podemos desmemoriarnos, podemos perder las referencias cristológicas fundamentales o, quizás, adulterarlas, o cuando menos descafeinarlas, y en esas circunstancias el papel del Espíritu es vital. Necesitamos Espíritu. Es en el Espíritu, que se nos da en la comunidad, donde recuperamos la memoria. El nos recuerda la actitud filial de Jesús, nos conforma con ella, y, en el mismo movimiento, nos hermana con todos los hijos del único Padre. El es el que nos “enfilia”, y por lo mismo nos hermana, haciendo que saquemos las consecuencias de ello para nuestro vivir.

La pregunta que nosotros nos hacemos, mujeres y hombres creyentes de finales del siglo XX, sobre lo esencial del seguimiento de Jesús es: ¿qué significa hoy aquello de Jesús de Nazaret? ¿cómo nos implicamos vitalmente en ello?

Y para responder cabalmente a esta pregunta, estamos necesitados de memoria y de imaginación, que es lo que el Espíritu tiene como tarea en la comunidad de los seguidores de Jesús. Su acción es la que evitará que caigamos en la tentación, tan del momento postmoderno que vivimos, del ensimismamiento, que nos encierra e instala confortablemente en nuestros esquemas y nuestras concepciones protectoras.

Cuando verdaderamente dejamos operativo al Espíritu de Dios, en lugar de estar “ensimismados”, estaremos “entusiasmados”. Lo cual nos sugiere una doble acepción, entusiasmados, esto es, volcados al tú de los otros, a los demás que nos demandan y nos necesitan, por un lado, sacándonos de ese movimiento circular que nos hace girar sobre nosotros mismos; y, si atendemos a la raíz etimológica de la palabra⁽²⁸⁾, entusiasmo viene de *enthusiasmós*, y expresaría estar inspirados por los dioses, o estar “endiosados”, en el mejor sentido de la expresión. Vivir la vida desde Dios, vivir en Dios, es decir, la vida según el Espíritu, que eso es precisamente la vida espiritual, y no las caricaturas que con frecuencia presentamos pintorreadas de espiritualina.

Es el Espíritu del Señor resucitado el que, mediante la misión, nos saca del ensimismamiento. El amor, fruto del Espíritu, es creativo, es imaginativo y produce fertilidad en nuestra tierra, en lo que somos y tenemos. Y aquí aparece un nuevo elemento simbólico para completar el cuadro que vamos estableciendo en torno a la acción del Espíritu: la consideración de nuestra tierra, de nuestra hechura humana.

Recordemos la parábola del sembrador, que en realidad es la parábola de la tierra (cf. Mt 13). De la tierra que está de una determinada manera en relación con la semilla que ha de acoger.

(28) Del griego *enthusiasmós*, arrobamiento, éxtasis, que se deriva de *enthusiázo*, inspirado por la divinidad, y procede de *enthusía*: inspiración divina, y de *énthus*: inspirado por los dioses, derivado de *theós*.

Nosotros somos la tierra que recibe la semilla. La parábola expresa no solamente una división de unas personas y otras, como si de entrada ya unas fueran buena tierra y otras mala tierra, sino que representa distintos momentos de la propia historia de cada persona. Y en este movimiento de la semilla siempre buena de la Palabra, que llega a nuestras tierras para dar fruto, hallamos el misterio del Espíritu Santo, que es el agua que fecunda la tierra, la fuerza que la dinamiza y la hace fecunda. En un principio todos tenemos espíritu, fuerza, vida, amor, pero hemos de trabajarnos la tierra.

Veamos también un texto muy evocador del antiguo testamento que nos puede servir como referencia de lo que quiere Dios con nosotros, como su tierra, la tierra que él nos da. Es el tema de la tierra autónoma, la de la promesa, donde se destaca el don de Dios y el trabajo que Él hace continuamente en nosotros: *Porque la tierra a la que vas a entrar para tomarla en posesión no es como el país de Egipto del que habéis salido, donde después de sembrar había que regar con el pie, como se riega un huerto de hortalizas. Sino que la tierra a la que vais a pasar para tomarla en posesión es una tierra de montes y valles, que bebe el agua de la lluvia del cielo. De esta tierra se cuida Yahveh tu Dios; los ojos de Yahveh tu Dios están constantemente puestos en ella, desde que comienza el año hasta que termina* (Dt 11, 10-12).

Y en el relato de la Samaritana (Jn 4) se nos ofrece el otro elemento que ayuda a la comprensión de la acción del Espíritu: el agua. El agua del pozo de Jacob viene de fuera, está fuera. El agua de Jesús estará dentro de ella misma, y así le dice a la mujer: *sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna* (Jn 4, 14). O el otro texto del mismo Juan, del discurso del agua viva, en el último día de la fiesta de las tiendas, cuando Jesús, puesto en pie, gritó: *Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí, como dice la Escritura: de su seno correrán ríos de agua viva. Y añade el evangelista: Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él* (Jn 7, 37-39).

Se descubre una nueva forma de vivir. Por eso Pentecostés es la experiencia del agua que mana, un agua que cambia las vidas, las transforma. Hay que dejarla manar. Si no mana, se queda uno sin agua, sin luz, sin vida. He ahí la experiencia de las comunidades, de los grupos, de los cristianos, de los militantes, pastores, educadores, etc., que viven en el cansancio, o pasan por el agotamiento, y que llegan tal vez a la *di-misión*. Les ocurrió también a los que hicieron la primera experiencia. El Espíritu es la fuerza que potencia la comunidad, y que resucita la *misión*, de la que no podemos *dimitir*.

La verdadera cuestión con respecto al famoso “olvido del Espíritu Santo” no se soluciona hablando más de él, sino activándolo más en nosotros, y no de cualquier manera, por supuesto, ya que una de las razones que hacen peligroso hablar de él en el momento actual viene precisamente de un abuso de invocación, sin seguimiento.

En el nuevo testamento podemos observar que la acción del Espíritu es presentada, en la teología de Lucas, desde lo puntual-prodigioso, y así queda reflejado en los Hechos de los apóstoles, que, como alguien ha dicho, muy bien pueden llamarse los Hechos del Espíritu; mientras que, en la teología paulina se cotidianiza el Espíritu como espíritu de fe, de confianza, de fortaleza, de amor..., con el que hay que vivir, y transparentarlo en la vida ordinaria. Esto es lo que constituye la vida según el Espíritu que vamos a tratar en el último apartado.

V. LA VIDA SEGUN EL ESPIRITU.

S. Kierkegaard se lamentaba en su *Journal* de que «el cristianismo no sea predicado por testigos sino por maestros». Y es que el testigo se compromete, se implica en el testimonio, por contra, el maestro se queda fuera, no necesariamente se implica en lo que dice o muestra en su enseñanza.

El papa Pablo VI, en la *Evangelii nuntiandi*, recoge esta realidad de manera magistral cuando dice: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio» (41).

En el plano puramente humano, a los testigos citados ante un tribunal, se les pide que testifiquen lo que han visto, no se espera otra cosa de ellos. Desde el punto de vista bíblico, la palabra testigo dice algo más de lo que dice en el lenguaje corriente. En el nuevo testamento el testigo es el que compromete toda su persona en favor de aquél por quien testifica. Es propiamente, como lo insinúa el término griego, un mártir.

El Espíritu, según nos dice la Escritura, vendrá sobre los discípulos de Jesús para hacerlos sus testigos: *seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra* (Hch 1, 8), pero, al mismo tiempo, según el testimonio de Jesús recogido en Juan, el Espíritu enviado de junto al Padre, *dará testimonio de mí. También ustedes darán testimonio, porque están conmigo desde el principio* (Jn 15, 26s). El Espíritu pues, es el que da el testimonio, y nos constituye a su vez en testigos en medio del mundo.

El Espíritu, don del Padre por antonomasia, transforma nuestra realidad vital, como refleja la descripción que hace Pablo en el capítulo octavo de la carta a los romanos, y que ya hemos citado anteriormente: *Todos los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues ustedes no recibieron un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibieron un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!. El espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios* (Ro 8, 14-16). Es la autodonación de Dios como Espíritu Santo en nuestros corazones. La grandeza está en que ese don, esa autodonación de Dios, se encuentra coincidiendo con la aspiración más profunda que el ser humano tiene impresa en lo más recóndito de su anhelo⁽²⁹⁾. «El Espíritu, pues, está en el origen mismo de la pregunta existencial y religiosa del hombre, la cual surge no sólo de situaciones contingentes, sino de la estructura misma de su ser»⁽³⁰⁾.

El ser humano es espiritual en el Espíritu y por obra del Espíritu. No es sólo la vida superior en contraposición a la corporal o biológica, sino «la vida en el Espíritu».

«Estos son los que el apóstol llama espirituales (cf. ICor 2, 15; 3,1), —dirá san Ireneo—, y son espirituales gracias a la participación del Espíritu, no gracias a la privación y eliminación de la carne». Y san Ireneo hace esta afirmación en plena confrontación con el gnosticismo de su época, que negaba la realidad corporal reduciendo al ser humano a lo intelectual⁽³¹⁾, para dejar claro que se afirma al ser humano en su realidad integral, cuerpo-alma, materia-espíritu.

La cuestión práctica que se nos coloca delante es ¿cómo meter el Espíritu, en la carne del vivir ordinario, en la laicidad, en medio del mundo donde estamos inmersos, en la cotidianeidad?

El himno de las laudes del día de Pentecostés, nos brinda un precioso texto para orar y vivir esta realidad del Espíritu, presente en la densidad del vivir humano.

El Espíritu es la lengua de fuego que purifica y renueva, que alegra las entrañas de la tierra; es la fuerza que anima a la Iglesia a ponerse en pie en medio de las plazas, en los areópagos en los que está situada la sociedad contemporánea, y es la llama profunda que ilumina los corazones, restablece la fe y pone en vigilia la esperanza, para mantenernos atentos, hasta que el Señor vuelva.

(29) Ver en este sentido las reflexiones de X. PIKAZA, *Espíritu de Dios y hondura humana*, FSM, Madrid 1994.

(30) JUAN PABLO II, *Redemptoris missio* 28.

(31) IRENEO, *Contra la herejías*, V, 6,1.

HIMNO

Esta es la hora
que **rompe** el Espíritu
el **techo** de la tierra,
y una **lengua de fuego** innumerable
purifica, renueva, enciende, alegra
las **entrañas** del mundo.

Esta es la **fuerza**
que **pone en pie** a la Iglesia
en medio de las plazas
y levanta **testigos en el pueblo**,
para hablar con **palabras como espadas**
delante de los jueces.

Llama profunda,
que **escrutas e iluminas**
el **corazón** del hombre:
restablece la fe con su noticia,
y el amor **ponga en vela** la esperanza,
hasta que el Señor vuelva.

El Espíritu nos ayuda, pues, a tomar conciencia de nuestros **techos**, los techos de la tierra y de nuestras tierras, que nos impiden ver y volar. Los techos que frenan la mirada que tiende a trascender toda instalación en la finitud, por muy perfecta que ésta sea.

La vida según el Espíritu es prepararnos para la realidad de nuestra condición de testigos en el Espíritu, en medio del mundo en que vivimos, en la realidad en la que estamos comprometidos. Habrá que estar atentos, muy atentos, a los riesgos que se corren con la proliferación de determinados movimientos eclesiales, de inspiración en el Espíritu. Estos riesgos son, el refugio en lo privado, la acentuación unilateral de la dimensión subjetiva de la fe, la polarización de las actividades en torno a la misma asociación, movimiento, parroquia, etc., y, por contra, hay que acentuar los otros aspectos, que no deben faltar, como: «la primacía dada a la vocación de todo cristiano a la santidad, la responsabilidad de confesar la fe católica, el testimonio de una comunión definida y convencida, la conformidad y la participación en el fin apostólico de la Iglesia y el compromiso de una presencia en la sociedad humana que, a la luz de la doctrina social de la Iglesia, se ponga al servicio de la dignidad integral del hombre»⁽³²⁾.

(32) COMITE PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, *El Espíritu del Señor*, pág. 164.

En este orden de cosas paremos la atención en dos citas del papa Juan Pablo II, sobre el influjo del Espíritu del Señor en la actividad humana para transformar el mundo.

La primera es de la encíclica *Dominum et vivificantem* (1986), en el n.º 60, donde, después de aludir a la situación de muchos cristianos en estado de persecución y de martirio, habla de que, «también en las situaciones normales de la sociedad los cristianos, como *testigos de la auténtica dignidad del hombre*, por su obediencia al Espíritu Santo, contribuyen a la múltiple “renovación de la faz de la tierra”, colaborando con sus hermanos a realizar y valorar todo lo que el progreso actual de la civilización, de la cultura, de la ciencia, de la técnica y de los demás sectores del pensamiento y de la actividad humana, tiene de bueno, noble y bello».

La otra cita es de unos párrafos de los números 45 y 46 de la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* (1994): «Será por tanto importante descubrir al Espíritu como Aquél que construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos».

«En esta *dimensión escatológica*, los creyentes serán llamados a redescubrir la virtud teologal de la esperanza, acerca de la cual *fuisteis ya instruidos por la Palabra de la verdad, el Evangelio* (Col 1,5). La actitud fundamental de la esperanza, de una parte, mueve al cristiano a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a su entera existencia y, de otra, le ofrece motivaciones sólidas y profundas para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios».

Se trata, en última instancia, de estar atentos, como nos dice el Apocalipsis, para ser sensibles a todo lo que el Espíritu dice a la Iglesia y a las Iglesias (cf. Ap 2, 7s).

Y, así como para leer la Biblia, es necesaria la intervención del Espíritu, que es el que nos da el recto sentido de las palabras y los gestos de Dios en su revelación para nosotros, también para «descodificar» el mundo y ver con los «sentidos espirituales» el misterio escondido en el Verbo, es necesaria la acción del Espíritu⁽³³⁾.

En este sentido hemos de preguntarnos: ¿cuáles son los caminos por los que la Iglesia ha de caminar hoy?, ¿cuáles son las prioridades y las necesida-

(33) Cf. *Ibidem*, pág. 45.

des que, entre nosotros, nos plantea la *nueva evangelización*, de la que el Espíritu es el agente principal? ⁽³⁴⁾.

Es cuestión de atinar con los caminos que la Iglesia de nuestro tiempo ha de recorrer para llevar el mensaje de la Buena Noticia. Son los caminos de la evangelización que, en cada época, presentan unas peculiaridades que es preciso discernir.

Siguiendo el recorrido de la experiencia de las primeras generaciones cristianas, nos preguntamos por los caminos de la Iglesia. Nos acercamos a unos paradigmas bíblicos, que nos muestran los itinerarios que hoy la Iglesia tiene que recorrer. Utilizamos estos ejemplos como metáforas que nos sitúan en la pista de las necesidades de la nueva evangelización para nuestro momento ⁽³⁵⁾.

Se trata de los caminos que, partiendo de **Jerusalén**, expresión del mundo religioso, el centro de la espiritualidad, símbolo de la experiencia religiosa, conducen, a la comunidad de los seguidores de Jesús, a la misión.

En primer lugar a **Atenas**, el ámbito del pensamiento y del saber, de la pregunta por el sentido, el mundo de la increencia, del agnosticismo, y de la indiferencia religiosa. Se contempla el camino de *Jerusalén a Atenas* (Hech 17, 22-34). Es la búsqueda de los distintos areópagos en los que los creyentes entablan el diálogo racional y razonable sobre todo cuanto se puede y debe hablar con otro ser humano, esté donde esté situado religiosamente, pero a quien encuentra en Atenas.

En segundo lugar el camino que conduce a **Jericó**, el mundo del caído y del necesitado, del marginado y del empobrecido. Es el camino de *Jerusalén a Jericó* (Lc 10, 29-37), el de la solidaridad. Se plantea en él, la vocación de la Iglesia samaritana que tiene que andar su itinerario hacia Jericó, donde encuentra a los apaleados de la historia, a los marginados que sufren y demandan su solicitud, tanto en los heridos individuales como en los colectivos, de los que la Iglesia tiene que hacerse prójima.

En tercer lugar el camino que va desde Jerusalén a **Roma**, entendiendo Roma como expresión del centro del mundo conocido. Es la llegada a todas las culturas, a los lugares de la inculturación del Evangelio. Este tercero tiene como fondo el camino que desde *Jerusalén ha de llegar hasta los confines de la tierra* (Hch 1,8). Se trata de todo el complejo cometido de la inculturación, el

(34) Sobre el papel del Espíritu en la evangelización ver *Evangelii nuntiandi*, cap. VII, especialmente los n.ºs. 75-76; *Dominum et vivificantem*, n.ºs. 25-26; 61-66; *Tertio millennio adveniente*, n.ºs. 44-48.

(35) Sobre esta idea ver S. DIAZ SANTANA - F. BERMUDEZ SUAREZ, *Los caminos de la Iglesia*, Publicaciones Centro Teológico, Las Palmas de Gran Canaria 1997.

camino que conduce a la Iglesia al encuentro con las diferentes culturas para que el mensaje de la Buena Noticia se pueda expresar en todas las lenguas, entendidas éstas en su sentido antropológico. Estamos ante la urgencia del diálogo interreligioso; de la multiculturalidad y la pluralidad que demandan respeto, diálogo y tolerancia.

Y en cuarto lugar el camino que llegado a **Emaús**, conduce al encuentro con el Resucitado en la experiencia de la desesperanza y la desilusión. Es el camino de *Jerusalén a Emaús* (Lc 24, 13-35). El camino de la desesperanza y el desencanto, que se recorre cuando viene el cansancio y el desaliento, cuando surgen las dificultades y se topa con el fracaso, desde el que hay que reencontrar los motivos para esperar, en la experiencia de la comunidad y la fraternidad compartida, y el redescubrimiento de la misión.

La realidad es que estas rutas se entrecruzan y se establecen direcciones de ida y vuelta entre unas y otras. En las diferentes encrucijadas nos encontramos con los hombres y las mujeres de nuestros mundos que buscan y debaten, que tropiezan y encuentran, que se pierden y sufren, que preguntan y responden, que aman y lloran, que ríen y caminan..., y con ellos, hacemos los mismos trayectos y nos sorprendemos en las mismas dificultades que el vivir humano lleva consigo.

El Espíritu nos anima para que vayamos en la dirección que señalan esos caminos hoy en nuestro mundo. Para nosotros, estos caminos son las mediaciones que Dios quiere y que ha dispuesto para que nos encontremos con El.

He aquí, por tanto, los cuatro paradigmas que la Iglesia ha de tener en cuenta hoy, en el cumplimiento de su misión, y hacia los que el Espíritu de Dios la orienta: el paradigma del ser humano doliente, el paradigma del ser humano en el agnosticismo y la indiferencia religiosa, el paradigma del ser humano en el pluralismo y la interculturalidad, y el paradigma del ser humano en el sinsentido, la desesperanza y el absurdo.

Desde la convicción del poder humanizador del Evangelio, y de la fuerza transformadora del mismo, la esperanza en el Espíritu nos hace seguir apostando, imaginativa y creativamente, por esta propuesta que es capaz de hacer un mundo más fraterno y solidario.

Termino con la cita de un fragmento sobre el Espíritu, que el patriarca Atenágoras solía repetir: «Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo está en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia es una simple organización, la autoridad es dominación, la misión es propaganda, el culto es evocación y el obrar humano es una moral de esclavo. Pero con El, Cristo está allí, el Evangelio es la misión trinitaria, la autoridad es un servicio liberador, la misión es

Pentecostés, la liturgia es un memorial y una anticipación, el obrar humano se vuelve divino»⁽³⁶⁾.

Segundo Díaz Santana

(36) *Aforismi e citazioni cristiane*, Dizionari Piemine, 1994, pág. 196, citado por Chiara Lubich en su comunicación *Pensamiento espiritual* de 23 de octubre de 1997.